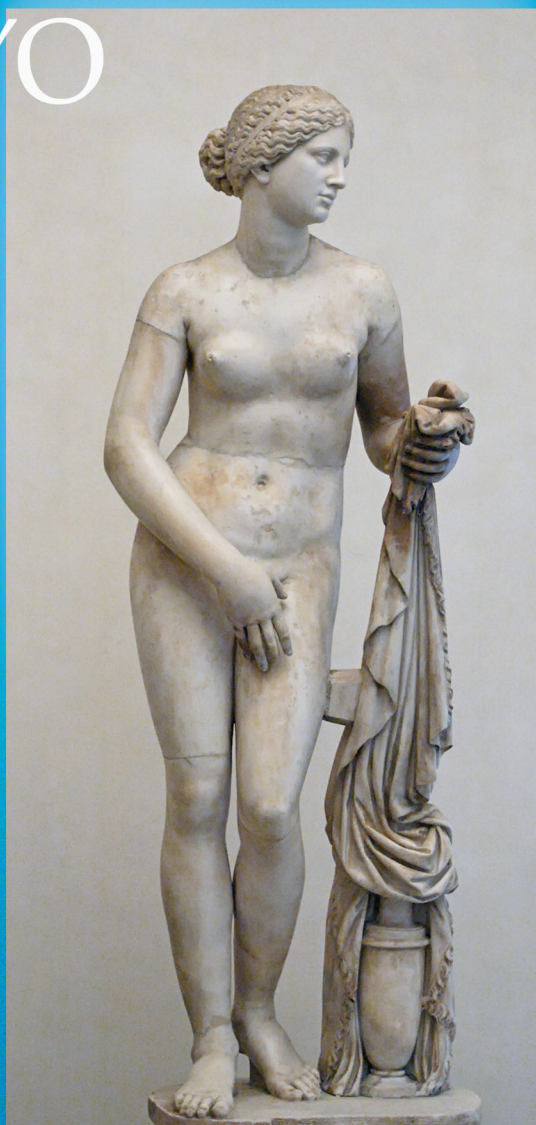


Recuerdos de Infancia y Juventud

YEYO



NOVELA



Sebastián Manuel Gallego Morales

YEYO

RECUERDOS DE INFANCIA Y JUVENTUD

NARRACIONES BREVES
POR
SEBASTIÁN MANUEL GALLEGO MORALES

YEYO
RECUERDOS DE INFANCIA Y JUVENTUD



YEYO (Recuerdos de infancia y juventud)
© Sebastián Manual Gallego Morales
© Editorial: Vision Libros
Calle San Benito 21 Local
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-621-6

Diseño base cubierta: Marian González,
reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: Sergio Aguilera
sergio@visionnet.es

Distribuye y produce:
Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis,
Local 28029 Madrid.

Pedidos a pedidos@visionnet.es
www.distribuciondepublicaciones.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

A mis abuelos.

Paternos:

Sebastián Gallego Serrano
María del Rosario Pérez Vargas

Maternos:

Sebastián Morales Moreno
Juana Alarcón Salmerón

EN EL RECUERDO

ÍNDICE

Línea Baza-Guadix

1.- Fiestas Populares	9
2.- Recuerdos de una Feria.....	15
3.- Una Infancia Feliz	23
4.- El Cajón de la Historia.....	31
5.- Mi Escuela	37
6.- El Jueves Lardero	47

Línea Guadix – Almería

7.- La Espada Visigoda	55
8.- Promesas - Bodas – Pintadas	63
9.- Ruta de los Molinos.....	71
10.- La Rambla.....	75
11.- Corrida de Toros	81

Viajes por Carretera

12.- La Posada de Abla	85
13.- Un Nuevo Verano	93
14.- La Trilla	101
15.- Los Guateques	111
16.- El Niño Jesús de Praga	119
17.- Regreso a Casa.....	127

Nuevas Amistades

18.- Mi amigo Quico Matilla	129
19.- La Casa de Pupilaje	141
20.- María Luisa.....	151

Aclarando Ideas

21.- El Campamento	163
22.- El Gran Madrid.....	175
23.- El Encuentro	179
24.- Devanando los Recuerdos	187
25.- Días Felices.....	193
26.- Una Tarjeta Postal.....	201



Baza:
Estación del
Ferrocarril

LINEA BAZA-GUADIX.

I.- Fiestas Populares

Llegó puntual el tren correo, el catalán, a la estación de Baza, y fuimos pocos los pasajeros que lo tomamos en dirección a Granada.

Siempre eran muchos más los que lo utilizaban con dirección a Murcia, ya que se iniciaba la emigración, pero tampoco iban a Murcia, su destino era un poco más lejano, era la costa de levante, el salto a Las Baleares, o a la gran urbe de Barcelona, que todo lo absorbía.

Pero mi destino tampoco era Granada, aunque tomara el tren de Granada sino que haría trasbordo en Guadix, mi destino era Almería.

Allí, en la estación de Guadix debía de esperar a que llegara el tren correo Madrid-Almería, para llegar a esta ciudad.

Baza se esta despoblando, no hay ni trabajo ni futuro en esta ciudad que había acogido a mi familia.

Otras muchas veces he utilizado el servicio del autobús de “La Autedia” para llegar hasta Guadix y me ha dejado en el mismo cruce de la carretera a la estación, los chóferes Leovigildo y Juan Pedro, me son bastante conocidos de estos trayectos.

He sacado billete de segunda, pues con el título de familia numerosa de mi padre, me sale bastante más económico.

Mi decisión de ir en tren la tomé para poderme aislar un poco de los otros viajeros y así poder tomar notas de mis recuerdos de infancia y juventud en tierras almerienses.

He ocupado mi asiento, voy solo en este compartimiento del vagón. Todos los asientos para mí. Sólo llevo un pequeño maletín, con camisas y ropa interior así como mi estuche de aseo personal, y aparte la flamante bolsa en la que estaba el traje que usaría en la boda de mi amigo Quico.

Me lo ha confeccionado -a medida-, un magnífico sastre de esta población, que se llama José Valls, y que aparte de ser un buen amigo de mi padre, es especialista en dar la vuelta a los buenos géneros, y así chaquetas o pantalones de mis hermanos mayores han servido para mí y los míos para mis hermanos pequeños, tras pasar por su taller de la calle Alhóndiga.

El género lo compró mi madre en “Casa González”, y la camisa y corbata, las he comprado yo en “Almacenes la Imperial”.

Los tiempos están mal, se impone la economía, y me siento un privilegiado al tener este trabajo que me ha dado una empresa de la ciudad, tengo ligera independencia económica, y sobre todo el no ser una carga a mi familia me da alegría.

Saqué la libreta, tiene unas duras pastas en cartón, roja la primera y marrón la posterior, el papel es cuadriculado y anoté en ella:

– Recuerdos de una infancia feliz.—

Mi primer recuerdo fue para la estación de Guadix y para mi tío Manuel, único hermano varón de mi padre, (que me llevaba con mis abuelos paternos a Fiñana).

Mientras bajábamos a la Rambla de Fiñana, me enseñó los destrozos que las bombas habían hecho meses antes en la barriada de casas de la estación detrás de las líneas del tren, luego debía de tener en aquellas fechas unos seis años.

Mi tío había pasado unos días con mis padres y al regresar le pidieron que me llevara con mis abuelos, pues mi madre estaba esperando otro hijo, y no venía bien. Este viaje fue solo hasta Guadix, en el tren, pues luego hasta Fiñana, lo hice en un carro tartana, por medio de la Rambla, solo recuerdo una parada en la llamada Venta Ratonera.

En mi segundo viaje fui también acompañado por mi tío Manuel, veníamos a Baza a pasar en ella unos días de su Feria de septiembre.

Lo primero que me extrañó en el pueblo de mis padres fue ver a un marranico, suelto y jugando con todos, niños y mayores, era el marranico de san Antón.

Luego conocí de boca de mi abuelo su bonita historia.

Aunque cada año era un animal distinto, para nosotros los niños, siempre era el mismo, el marranico de san Antón.

Se le hacía una señal en la oreja y se le soltaba a primeros de año, tras recibir la bendición del párroco, ante la puerta de la Iglesia, y con asistencia el Presidente de la Hermandad, y de toda la chiquillería que nos congregábamos para este solemne acto.

Corría por las calles del pueblo buscando donde cobijarse, pero solo recibía comida y cariño. Por lo que seguía su recorrido callejero.

Pronto se aprendía las calles y las casas, en las que tenía que pararse.

Conocía, los caños, y sabía beber en las pozas de los cántaros en los Caños de Jesús y del barrio alto. Iba siempre lustroso y se le veía engordar por días.

Lo mismo se le veía por la calle del Perdón, que por la del León, por la Calle Real, o por el Barrio Alto, por la del Oso, o las placetas. Se le veía y se le quería por todo el pueblo.

Cuando se cruzaba ante nosotros y hacíamos ademán como de darle una patada, se hacía una carrerilla y luego se volvía hacia nosotros haciéndonos cara con su jeta.

Raro era el año en que no lo escondían y se corría el bulo de que lo “habían robado”, pero luego a los pocos días aparecía nuevamente por el pueblo, cada vez más lustroso y más gordito.

Y así era su vida hasta que en el mes de noviembre, se recogía por la Hermandad de San Antón y San Sebastián, para subastarlo en la plaza al mejor postor, y así obtener unos dineros para sufragar las fiestas de los Santos Patronos.

En febrero se marcaba otro marranico, y se soltaba por las calles del pueblo. Para todos era siempre el mismo, “Marranico de San Antón”. Nuestro marranico. ¡Cuánto nos divertíamos con él!.

Y qué grandes festejos organizaba la Hermandad, con aquellos dineros obtenidos por el marranico, –invitaciones gratis a cuerva y gaseosas y garbanzos y patatas para todos y luego en las casas particulares

siempre abiertas a todo el pueblo te ofrecían zaramandoña, y colación y bebidas que iban subiendo de grados con arreglo a la hora de la noche en la que pasaba la procesión por su puerta, y en las que las paradas de los santos estaban señaladas por las grandes hogueras que se hacían por todos los vecinos.

Y luego las promesas, que si una docena de cohetes, que si dos. Así pasaban los días de fiesta religiosa, porque la pagana era bien distinta.

Se iniciaba unos minutos después de encerrar a San Sebastián en la Iglesia, en medio de un atronador ruido de cohetes música, y vivas.

Pasaban unos minutos de silencio, y entonces volvía a sonar la música. Pero ahora era el sonsonete de la música de “La Zorra”. Ahora empezaba una parodia de procesión pagana.

Se había hecho con cañas una especie de trono, como los de llevar a los santos, sobre el mismo se ponía la piel de una zorra, cuyo interior se había rellenado de paja, petardos y cohetes a cual de ellos mas gordo.

Los asistentes se vestían de ropones aparentando ser curas, obispos, monaguillos, etc. y recorrían las calles del pueblo.

Paraban en las casas que les abrían sus puertas ofertando anís, higos secos, garbanzos, y otros productos que se consumían en honor a la zorra, y brindando por ella, a la vez que le unían a su trono de cañas, otros pocos cohetes.

Así era esta procesión, pagana y casi carnavalesca, que iba recorriendo las calles, se le unían siempre los “acólitos” que iban con unas escobillas, y un orinal lleno y al que se descuidaba lo “bendecían”.

Conforme iba avanzando la mañana, se componía el cortejo cada vez de más borrachos y el trono de más cohetes, hasta que llegaba el amanecer, y se ponía el trono en el centro de la plaza, y todos los asistentes se ponían a llorar, dándose el pésame unos a otros, se lanzaban gemidos porque se acababa la juerga, y finalmente el que hacía de obispo le pegaba fuego a la mecha y todo ardía y explotaba. Se acababan las fiestas.



San Sebastián y San Antón con su marranico





2.-*Recuerdos de una Feria.*

He esperado a que llegara el tren correo, y tras tomar asiento en un vagón casi desierto, he iniciado mis recuerdos de este viaje a la feria de Baza, son tantos y tan gratos que merecen hacerles una narración aparte.

Fue en septiembre, la primera vez que estuve y gocé de la “Feria de Baza” y de la que me llevé gratísimos recuerdos.

Me trajo mi tío Manuel, hermano de mi padre, a la vez que le traíamos a mi familia, una maleta llena de garbanzos y lentejas, habichuelas y otros, entre las que se encontraban bien situados unos embutidos de los rebuenos que se hacían en Fiñana. Ni que decir tiene que esa maleta daba en el año los viajes que podía.

Así que fuimos estupendamente recibidos por toda mi familia, y aquella misma tarde, mis padres invitaron a mi tío Manuel, a una magnífica función en el Teatro Cine Dengra, en la que actores y músicos locales, interpretaban dos obras que tuvieron un éxito rotundo. “El Padrón Municipal” era una y la otra “La Viejecita”,

en ambas intervenía un buen amigo de mi padre llamado Carmona o “Carmonilla” como le decían todos los bastetanos, muy amante de la farándula, y la música estaba regida por el Director de la Banda de música Municipal Don Fidel del Campo.

Pocos días después de este gran acontecimiento, empezaron a poner las “casetas” a base de buenos palos hincados en tierra, y unas lonas por cubierta.

Las que se instalaban en la Plaza Mayor eran las mejores, hechas de madera, con un amplio mostrador en todo su frente. En la Plaza de las Eras, eran palos hincados y cubiertos de enormes lonas.

El primer atisbo de feria, fue la organización de una cabalgata, de jinetes y carrozas engalanadas, que saliendo de la carrera de Palacio, fueron a recibir al curioso personaje que venía desde Guadix, a intentar llevarse a la Virgen, y que nunca lo conseguía. Tampoco lo logró en este año.

Nosotros vivíamos en la Cava-Alta, y esperamos en la Plaza de las Eras, a que llegara esta persona vestida de colorines chillones, y al que molestaban algunos que otros chiquillos embadurnados, de los que el se defendía con la cachiporra, que era como la vejiga inflada de un marrano.

Luego lo vimos llegar a la Iglesia de la Merced y entre vítores a la Virgen de la Piedad se terminó el festejo. Días después lo vimos varias veces, acompañado de un niño tamborilero y una bandera de muchas cintas, que agitaba sobre la cabeza de los niños de Baza y con lo que recababa algún dinerillo.

Hablando de dinero, yo me sentía rico, disponía de algunas pesetas, recaudadas entre mi familia en Fiñana, a las que días antes de venir los visitaba, para darles la noticia de que venía a ver a mis padres, y que me estaría durante toda la Feria de Baza, y esto me proporcionó algún “capital”.

También traje una hermosa caja de “bollos de aceite”, y otra de higos secos de los que tanto gustaban a mis hermanos.

Así que esa tarde, la pasamos deambulando por la plaza de las Eras, donde se estaban poniendo unas barcas, enormes, unos caballitos, y un tío vivo, también unas casetas de churros y turrónes a las que adquirimos unos cucuruchos llenos de “caspicias” como decían mis hermanos, que no era otra cosa que los restos que le quedaban en la tabla de partir el turrón.

Gran parte de la Plaza de las Eras la ocupaba un Circo, y tras el mismo, los carruajes de los artistas y unos vagones jaula, en los que estaban los animales.

Había un dromedario, una chota y un mono chillón. Debían de apestar mucho las jaulas, porque recuerdo que íbamos con las narices tapadas.

Luego, dimos una vuelta por la plaza de la Merced, adonde se estaban preparando banderitas, para la celebración de una verbena, en la que tocaría una orquesta del Frente de Juventudes y otra de Educación y Descanso, pero eso no era para nosotros, por lo que, regresamos a casa, y nos sentamos un rato en el tranco de la puerta, para ver cómo instalaban una teatro de comedias en la esquina de la Placeta de la Cava-Alta.

Mi hermano Antonio, le entregó a mi madre, un programa de las películas que iban a poner en el Cine, y le dio una gran alegría. “¡ Ah! esta hay que verla, aquí es donde sale vuestro tito Juan, intervino de extra cuando la rodaron en Guadix y Purullena”.

La película era “Morena Clara”, y la historia de mi tío Juan (Hermano de mi madre, fotógrafo, músico y bohemio) la habíamos oído cientos de veces, en la familia.

Conocía a unos de los que rodaban esta película, y le invitaron a actuar como extra en varias escenas, la del juzgado, la del bar, y la que iba tras “Regalito” cuando este era conducido detenido por la guardia civil por el robo de un jamón, junto a su hermana Trini.

Quedamos todos en ir con mi Madre, en algún día de feria.

A la mañana siguiente, cuando sonaron los cohetes, ya estábamos nosotros despiertos hacia buen rato, y tomamos unos riquísimos churros para desayunar, y mientras la función religiosa a la Virgen de la Piedad, nos fuimos la Plaza Mayor adonde estaban abriendo varias casetas de feria y escuchamos, ¡desde la calle, claro!, las magníficas canciones de la Orquesta Basti, que daba un concierto en el Casino Bastetano, y que estaba dirigida por gran compositor don Fidel del Campo.

Aquella tarde vimos la procesión de la Virgen, con asistencia del Ayuntamiento, y al que acompañaba el histórico “pendón de la Ciudad” iba custodiado por unas escuadras de Falange Española y por números de la Guardia Civil.

Por la noche se hizo un castillo de fuegos artificiales, que vimos desde los balcones de nuestra casa, ya que se hizo en la Alcazaba.

Al día siguiente, ya sobre media mañana, y mientras oíamos a la Orquesta Basti tocar para los socios del Casino, llegaron los componentes de una banda de Música Militar, desde Granada (es posible que fuera la del Regimiento de Córdoba 10), aunque todos decían la “Banda de Música de la División”, sea de donde fuera lo cierto es que tocaban magníficamente y anularon los sonidos que salían desde el exclusivo Casino Bastetano.

Mis hermanos y yo la seguimos en los pasacalles que dieron por las calles de Baza, hasta el Parque de José Antonio (la Alameda) donde se disolvieron.